



III DOMINGO DE CUARESMA*

“Y si no se convierten, todos perecerán del mismo modo”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Éxodo 3,1-8.13-15; 1Corintios 10,1-6.10-12; Lucas 13,1-9

Las lecturas que se nos proponen en este tercer domingo de cuaresma tienen un tema común: el llamado a conversión, que es muy propio de este tiempo litúrgico, como quedó claro en el rito inaugural de la cuaresma con la imposición de la ceniza: “conviértete y cree en el evangelio”. La conversión a la que se invita tiene un objetivo, que es la fe activa en el evangelio, conversión a la persona y al mensaje de Jesucristo.

El episodio reseñado en el evangelio sólo lo encontramos en Lucas, no podemos compararlo con otras versiones en Marcos y Mateo. Tampoco se tiene referencia de otras fuentes históricas que reseñen los acontecimientos a los que Lucas se refiere en su relato. ¿Pasaron inadvertidos para otros? ¿Son creación del mismo Lucas para introducir el fuerte llamado de Jesús a la conversión? La pregunta que le plantean a Jesús contiene un trasfondo religioso, aceptado comúnmente en su tiempo: Las desgracias ocurren como castigo de Dios a los pecados de los hombres. En el evangelio de Juan, ante la presencia de un ciego de nacimiento, los discípulos le preguntaron a Jesús: “¿quién pecó, él o sus padres?”. La respuesta de Jesús fue clara: “ni él, ni sus padres” (Jn,9,2-3).

En el episodio narrado por Lucas, la respuesta de Jesús apunta a lo mismo. La desgracia ocurrida a los galileos por la prepotencia de Pilato y a los de Jerusalén, “por el desplome de la torre de Siloé”, no significa que ellos fueran más pecadores que el resto de sus paisanos; todos somos pecadores y, si no nos arrepentimos y convertimos, seguiremos acarreando muchos males. El pecado fundamental es el no amor, el egoísmo que nos cierra a las necesidades de los demás, y hasta nos lleva a causar daño injusto a sus vidas. Vivimos relacionados con los otros, lo que hacemos o dejamos de hacer, repercute en el bienestar o en la desgracia de los demás.

Jesús completa la idea –como en otras ocasiones- con una parábola que todos entienden: el hombre que plantó una higuera y pasados tres años la higuera no produjo

* Ciclo C

fruto; el hombre decidió cortarla. La gente, al escucharla, entendería que se trataba de ellos mismos, el pueblo elegido, que no rendía los frutos de fe y de amor al prójimo, de justicia y de solidaridad que Dios esperaba. En el profeta Isaías había algo semejante respecto a una viña, que representaba al pueblo de Israel, que no producía los frutos esperados por el Señor. En la parábola de Jesús el viñador actúa como un intercesor ante el dueño de la viña para que tenga paciencia y conceda una nueva oportunidad. El viñador que intercede ¿no se referirá al mismo Jesús, insistiendo en su apremio a la conversión con la seguridad de que el Dios misericordioso ofrece siempre su perdón?

El tiempo de cuaresma se inauguró con el mensaje de conversión y vuelta al evangelio, y no está mal que se vuelva a insistir. La conversión como cambio radical no es fácil, ni cuestión de un día. Requiere una buena dosis de humildad para reconocernos pecadores, de confianza en la misericordia acogedora del Padre y una voluntad decidida para retomar el camino del evangelio. El evangelio de Lucas volverá a retomar el tema de la misericordia y del perdón en la conocida parábola del Padre que se adelanta a acoger y hacer fiesta por el hijo que, convertido, retorna confiado a la casa paterna (Ver Lc.15,11-32).

La segunda lectura, tomada de la Primera carta a los Corintios, nos recuerda una clave de interpretación para la lectura del Primer Testamento. No se trata de historias del pasado, Pablo afirma: “estas cosas sucedieron para ejemplo nuestro”, para que no caigamos en los errores e infidelidades en que los antepasados cayeron. Podemos añadir, para aprender también de los ejemplos de fe y de fidelidad de muchos hombres y mujeres de épocas pasadas. “Todo esto fue escrito para aviso de los que hemos llegado a la plenitud de los tiempos”. Por eso seguimos leyendo lo que con razón se denomina Primer Testamento, mejor que Antiguo.

La primera lectura está tomada del libro del Éxodo. Un momento clave de la revelación de Dios como un Dios cercano y liberador. La primera parte relata la teofanía a Moisés en el monte Horeb, la zarza ardiente que no se consume. Desde ella el Señor le habla a Moisés, identificándose como “el Dios de sus padres”. A la vez Dios permanece como misterio, inasible como el fuego que no se consume, misterio que se revela como cercanía y compasión ante el sufrimiento humano y la esclavitud. Se expresa en términos muy humanos: “He visto”, “he escuchado”, “conozco”, “he bajado” ... distingue bien quiénes son los que sufren y los que hacen sufrir, se pone de lado de los oprimidos “para liberarlos”. Quiere contar con Moisés y le revela su nombre, dejándolo en el misterio: “Yo soy el que soy”. Desde el misterio de su ser está presente, acompaña, envía, libera. Dios no es castigador ni vengativo, como muchas veces los creyentes lo imaginamos. Jesús vino a culminar la revelación de Dios como “Abbá”, padre amoroso, con un amor preferente por los pobres e insignificantes y, por lo mismo, con una exigencia de justicia y de conversión para quienes resultan responsables o se mantienen indiferentes ante la opresión y el sufrimiento. La intensa experiencia de Dios en el Horeb no dejó a Moisés paralizado y ensimismado. Lo vemos luego enviado y comprometido en la causa de la liberación del pueblo. La revelación de Dios no es sólo para Moisés,

sino para que descubra su pertenencia al pueblo oprimido y regrese a comprometerse en su liberación.

Ese tercer domingo de cuaresma nos invita a revisar nuestra imagen de Dios y a convertirnos al Dios compasivo y liberador en actitudes y comportamiento, a escucharlo en su hijo Jesús. Y, como Moisés lo hizo con el pueblo esclavizado, aprender a ver y escuchar el clamor de los oprimidos, y sentirnos llamados a comprometernos en su liberación. La situación de pobreza y abandono en la que viven hoy tantos hermanos nuestros recuerda a los galileos y judíos del evangelio de hoy. Si no convertimos en solidaridad eficaz la indiferencia mayoritaria, “todos igualmente pereceremos” como amonestaba Jesús. La conversión y el amor al prójimo necesitan también una implicación política, como recordaba el papa Francisco en “Fratelli Tutti”. La primera lectura nos enseñaba que conocer al Dios, misterio de amor a los maltratados y oprimidos, exige volvernos a este pueblo nuestro –la humanidad enfrentada por sus intereses económicos y de poder, en perjuicio de los más pobres– para caminar con él hacia una humanidad nueva, fraterna y justa.

En este proceso cuaresmal de conversión -conviene no olvidarlo- nos encaminamos hacia la celebración de la Pascua: muerte y resurrección de Jesús, para morir con él al pecado y resucitar con él “a una vida nueva” (Rom. 6,4).